

Los pueblos bárbaros y el desorden continental

Juan José Larrea

La caída del Imperio Romano es uno de los grandes hitos de la memoria colectiva europea desde hace mucho tiempo. Los príncipes del Renacimiento se representaron a sí mismos según el modelo de los gobernantes romanos. La Ilustración y las revoluciones pretendieron revivir los valores —y la estética, y el paisaje monumental— de unas idealizadas ciudadanía y democracia antiguas. La burguesía moderna vistió la introducción de la propiedad plena en la tierra como la liberación de los oscuros siglos de tiranía feudal. Incluso los apologetas del catolicismo han tendido a hacer abstracción del largo período que va del tiempo de los mártires y los Padres de la Iglesia al apogeo del Románico.

Entre ese Imperio, sobre el que se proyectaban ideas, reivindicaciones y autorrepresentaciones, y la Modernidad quedó una época oscura. Y los primeros siglos de esta edad tenebrosa no podían ser sino el reverso del Imperio imaginado: un tiempo de tinieblas, barbarie y violencia que vegetaba sobre las ruinas de la Antigüedad. Siendo pues el fin del Imperio un cataclismo, los motivos del mismo intrigaron profundamente a los intelectuales: ¿la decadencia de una sociedad degradada por el vicio, la corrupción y la riqueza?, ¿el cristianismo que quebró el nervio guerrero de los antiguos romanos?, ¿el empuje de masas bárbaras salidas de las brumas de Germania? Los siglos XVIII y XIX vieron difundirse estas y otras explicaciones, más útiles para explicar el marco político de sus autores que para comprender el siglo V.

Al mismo tiempo, en el siglo XIX, los regímenes burgueses nacidos de las revoluciones hubieron de buscar en la Edad Oscura para encontrar materiales con los que componer sus historias nacionales: el visigodo Recaredo representó con su paso al catolicismo en 589 —bien presente en la colección de cuadros históricos del Senado— la primera monarquía católica española;

un papel similar jugaba Clodoveo, primer rey cristiano y católico del pueblo que da nombre a Francia. Alemania podía permitirse ir más allá, imaginarse como descendiente directa de los nobles salvajes que describe Tácito y tomar como héroe nacional a Arminio, vencedor de las legiones romanas. Signo de los tiempos, cuando se inauguró la que entonces era la estatua más alta del mundo, en 1875, Arminio no enseñaba amenazante su espada a Roma, sino a la frontera francesa.

Con mayor o menor fuerza, casi todas estas imágenes —potentes, bien arraigadas y moldeadas en coyunturas y marcos ideológicos diversos— siguen estando en la mente de todos. Así, no es extraño que el colapso del Imperio y el período que le sigue se encuentren entre los que se perciben como más confusos, incluso por quienes tienen particular interés en la Historia. El objeto de estas líneas es señalar algunas claves que hagan inteligibles los protagonistas, los hechos y los cambios de fondo de este período.

1) Roma. La imagen que intuitivamente todos tenemos de Roma es la de las conquistas inacabables, el florecimiento de ciudades espectaculares, los grandes edificios públicos —termas, foros, teatros, circos...— o la extensión de la lengua y la cultura latinas. Pero esto es una fase que acabó mucho antes que el Imperio mismo. En el siglo III, el mundo romano sufrió una crisis profunda en todos los campos —político, militar, económico, demográfico— de la que salió completamente transformado. Al Imperio que surge de la crisis del siglo III le llamamos tradicionalmente Bajo Imperio. Se trata de un Estado hipertrofiado, omnipresente y cristiano, sostenido por una élite riquísima y poderosísima, y con un cuerpo social debilitado: la curva demográfica es ahora negativa, la producción y las redes comerciales se contraen en extremo. Lejos de la imagen espléndida del Alto Imperio, muchas ciudades se despueblan. Las que quedan, pierden habitantes, se contraen, se amurallan, destruyen sus edificios públicos y empiezan a organizarse en torno a obispos e iglesias.

2) Bárbaros. La palabra bárbaro no designa a un pueblo específico. No es más que la manera de nombrar al otro, a quienes están fuera de las fronteras y, por tanto, al margen de la humanidad y la civilización. En relación a los siglos III a VI se utiliza generalmente el término bárbaro para designar a los germanos. No obstante, estos tampoco son en realidad un pueblo concreto, sino un conjunto de grupos humanos de dimensiones y formas de organización muy heterogéneas que comparten una situación fronteriza con Roma y una serie de rasgos culturales, en particular las lenguas. Contra una representación popular

muy extendida, los germanos no son nómadas salidos de bosques y estepas que caen como langostas sobre el Imperio. En realidad, su rasgo fundamental consiste en que comparten una dinámica que no es exclusiva ni de Roma ni de Occidente. En efecto, todos los grandes imperios de la Historia, desde Mesopotamia, han tenido una periferia de pueblos externos sobre los que han influido, con los que han comerciado, en los que han encontrado esclavos y mercenarios, y de entre los que, cuando las tornas se han vuelto, han surgido saqueadores e invasores. Los germanos son gentes que llevan muchos siglos en las fronteras del Imperio, a lo largo del Rin y del Danubio. Son gente que conoce el Imperio y aspira a vivir en él o de él, en ningún caso a destruirlo.

3) Invasión. Desde muy pronto, los germanos han servido a Roma como tropas auxiliares o como cantera de reclutamiento. Roma les desprecia y les manipula, pero, en la fase del Bajo Imperio, en buena parte depende de ellos para su defensa. Son tropas auxiliares con una “etiqueta étnica” muy del gusto del modo romano de ver el mundo exterior, pero parte de la maquinaria militar imperial, al fin y al cabo. Son también muy eficaces y tienen más capacidad de subsistencia en caso de crisis estatal —cuando se suspenden sueldos y suministros— que el ejército regular. El caos de movimientos de “pueblos” que suele hacer incomprensible este período en una primera aproximación se entiende mucho mejor si se piensa que en realidad lo que ocurre es que la parte más eficaz del ejército se hace con el poder en un contexto de crisis estatal. Otra cosa es, y no menos importante, que la dinámica de violencia y regionalización del control militar acabe haciendo añicos todo el aparato estatal romano.

4) Iglesia. El catolicismo, el credo vencedor del concilio de Nicea (325), se impuso a las demás versiones del cristianismo y se unió al Imperio, convirtiéndose para finales del siglo IV en la única creencia tolerada para cualquier ciudadano romano. Durante el Bajo Imperio, la Iglesia desarrolló todo un sistema de gobierno y disciplina que calcó sobre el de la administración civil. Los obispos —salidos de las mismas familias que venían monopolizando los cargos cívicos durante generaciones— pasaron a convertirse en autoridades del mayor rango en las ciudades; el paisaje monumental cambió y las basílicas sucedieron a los anfiteatros como espacios en los que hacer ostentación y marcar la supremacía de las élites. Tanto para la población romana como para los germanos, Roma y el cristianismo eran una sola cosa a finales del Imperio. Cuando la estructura estatal se pulverizó —cuando el Imperio “cayó”—, la única estructura que quedó en pie por encima de los nuevos reinos embriona-

rios —y mantuvo, por cierto, su centro en Roma— fue la Iglesia católica, que mantendría esta condición de única estructura coextensiva de todo Occidente hasta la ruptura protestante en el siglo XVI.

Con estas pocas claves, no sólo pueden entenderse los cambios en la geografía política europea —aparecen las formaciones que acabarán dando lugar a los reinos medievales y modernos—, sino que resulta comprensible, y apasionante, la formación de nuevas sociedades y nuevas clases dirigentes que funden la antigua aristocracia romana con los nuevos dueños de la fuerza militar.

BIBLIOGRAFÍA

Peter Brown, *El primer milenio de la Cristiandad occidental*, Barcelona, 1997.

Javier Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507 AD*, Madrid, 2005.

Bryan Ward-Perkins, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007.

Magali Coumert y Bruno Dumezil, *Los reinos bárbaros en Occidente*, Granada, 2013.